XV

25 Julio, por la mañana.

Esta mañana, cuando ella ha entrado en mi cuarto de baño, le he dicho:

—No, todavía no. Me quedo unos minutos más.

—Yo iba á permitirme aconsejárselo á la señora Duquesa—me ha respondido.—Un baño algo largo le sentará bien con este tiempo borrascoso.

—¡Justamente! Me ha parecido ahora mismo ver un relámpago.

—¡Oh! Hay muchos hacia el mar, y se van acercando á nosotros.

—No se marche...

La tormenta me pone siempre un poco nerviosa, me causa hasta miedo, lo confieso, y por esta razón hice que se quedase á mi lado.

Generalmente ella no está allí durante mi baño: entra sólo para ayudarme á salir.

Obedeciendo mi orden, ha permanecido esta vez en el templo; pero se ha colocado discretamente detrás de mí, al extremo de la concha de mármol negro, en la cual yo me había extendido.

La tormenta estaba en toda su fuerza cuando yo pasé á mi tocador. Luisa Bauquet no ha creído deber, por tan poco motivo, retardar ó suprimir su masaje cotidiano. Me ha parecido, por el contrario, que desplegaba más actividad todavía, que se daba más trabajo que de costumbre. Sus manos corrían más deprisa de un lado á otro, sus dedos se crispaban por instantes. Yo pensaba que la tempestad influía sobre ella como sobre mí, haciéndola más febril.

Oíamos la tormenta rugir á nuestro alrededor; un ruido sordo, un largo mugido que prolongaba todos los ecos; otras veces, de repente, un ruido seco, vibrante, que desgarraba nuestros oídos, me hacía estremecer, mientras la mano de mi amasadora se paraba sobre un sitio y apretaba con tanta fuerza que yo sentía sus uñas.

Aquello no era amasarla á una, era matar-

la; pero cuando los nervios están tan sobrexcitados, el mal hace á veces bien.

Aunque nosotras oíamos la tempestad, no la veíamos, ningún relámpago nos asustaba, gracias á la precaución que ella había tenido de cerrar las persianas y de bajar las cortinas. La vista se encontraba bien, pero mi cabeza se cargaba con el calor de mi tocador impregnado de perfumes: frascos de esencias destapados, ramos de flores sobre la chimenea y sobre un almohadón, cerca de mí, toda la siega de flores hecha por la mañana en el parque. Como si todos estos perfumes no fuesen bastante, había otro que llegaba hasta mí, en pequeñas bocanadas, cuando sus dedos se paraban sobre mi cuello, mis hombros ó mis brazos. Era piel de España, que yo le había dicho me gustaba, y que ella tenía la costumbre de echar en la palma de la mano á la hora del masaje. Yo creo que este día había aumentado la dosis.

Á pesar de todos estos motivos de languidez, á los cuales se añadía un baño demasiado prolongado, yo permanecí despierta todo el tiempo que duró la tempestad. Pronto se alejó y concluyó por resolverse en esa lluvia que distiende los nervios, languidece, trae

poco á poco el sueño. Yo no dormía, sin embargo, como me ha sucedido muchas veces, después de terminado el masaje y haberme envuelto en mi peinador.

Me quedé embelesada sin quererlo, sin darme cuenta, mientras que ella continuaba paseando sus manos sobre mí, con más lentitud, con menos fuerza, sea que ella estuviese más calmada por la lluvia, sea que quisiese dejarme enteramente dormida.

Yo estaba, hacía algunos minutos, en ese estado de adormecida, de entorpecimiento, y mis ojos concluyeron por cerrarse. De pronto, experimento un cosquilleo ligero, en la piel, producido por el contacto de unos cabellos. Primero creí que eran los míos que, desatados, muy largos, me rozaban suavemente; pero sentí al mismo tiempo como peso y calor. Maquinalmente extendí los brazos. Mis manos encontraron la cabeza de Luisa Bauquet.

La rechacé bruscamente, me enderecé y envuelta en mi peinador corrí á abrir las cortinas y empujé las persianas.

Cuando me volví, ella estaba de pie, inmóvil delante de la *chaise-longue*, y antes de que yo le dirigiese la palabra, me dijo con aire confuso:

—Yo suplico á la señora que me perdone. Estaba muy cansada. He concluído por dormirme, y mi cabeza ha caído sobre las rodillas de la señora Duquesa.

La miré un instante; después:

—Está bien, salga V., me vestiré sola.

Y dije estas palabras en un tono que no admitía réplica. Ella á su vez obedeció sin vacilar.

Hé aquí lo que acaba de ocurrirme. Á pesar de ciertas repugnancias, lo he escrito, como había jurado escribirlo todo, como escribiré en el día las reflexiones que voy á hacer sobre este incidente. Así podré darme cuenta, tomar un partido razonable y ser justa, que es lo que más deseo.

XVI

25 de Julio, por la tarde.

Debo ante todo preguntarme si es posible creer en lo que ella ha dicho. Pretende que se quedó como desvanecida, ¿y por qué no? ¿No tenía las mismas razones que yo para dormirse? La tormenta, la lluvia que vino después, la oscuridad del tocador, los perfumes de los frascos y las flores... Bueno; yo permanecí mucho tiempo en el baño; ¿y por qué ella no había de haberse bañado antes de despertarme yo, en el mar ó en otro sitio? En cuanto al amasamiento, entiendo que igual efecto produce en la persona que *hace*, en el propio grado, que en la persona que *padece*. Y aun creo que afirman es mayor la fatiga del operador que la experimentada por el sujeto.

El sueño, por consiguiente, es admisible y hasta verosímil.

Durante el sopor, su cabeza seguramente ha resbalado sobre mis rodillas, dice ella; vamos á ver.

Ella estaba sentada en un almohadón más bajo que mi *chaise-longue*, dando con ella y colocada hacia el centro. Para evitarle el trabajo de alargar el brazo, yo misma me puse al borde del mueble por el lado que más cerca de ella estaba. En semejante postura, que recuerdo perfectamente, su cabeza, por necesidad, si caía, debía caer encima de mí, al nivel de mis rodillas, algo más alto.

Tal vez recibiría yo un golpe ó sufriría un choque, porque una cabeza, á pesar de su pequeñez, algo pesa, y cuando un peso cae sobre el cuerpo, la verdad es que se siente.

Y sin embargo, ni hubo golpe ni choque, sino, como ya indiqué, un cierto calor y un roce.

Pero ¿esto qué prueba? Que yo dormía quizás más profundamente de lo que pensaba, y que me desperté después de la cosa para tratar de darme cuenta de los efectos: el calor, la pesadez, el estremecimiento producido por los cabellos rozando sobre mi piel.

¿Y por qué empeñarme decididamente en que su cabeza diera en mí repentinamente? Bien ha podido inclinarse poco á poco y acabar por encontrar apoyo sin el menor sacudimiento; el contacto únicamente pudo arrancarme de mi situación.

Todo esto es muy posible; ¿y por qué entonces dudar de que así sucediera y acusarla de no haber resistido el sueño?

Hay algo en mi interior que declara que ella me miente. Dejemos las reticencias, puesto que me hallo sola conmigo misma y no debo disimular ninguno de mis pensamientos, ninguna de mis sensaciones respecto de lo que yo he creído sentir, que no era el calor de su cabeza apoyada sobre mí, sino el fuego de sus labios y hasta la mordedura de un beso.

¿Y se habrá atrevido á besarme á mí aprovechándose de mi sueño? ¡Calma! Si escribo todas mis reflexiones una tras de otra, si pienso con la pluma en la mano, es para conservar toda mi sangre fría.

He admitido que su cabeza pudiera caer naturalmente sobre mí. ¿Cómo cayó? De bruces lógicamente, y por tanto la frente, las mejillas y la boca dieron en mí sencillamente, y

de aquí el calor de sus labios. Pero ¿y el beso? Para que yo sospeche de haberlo recibido basta el contacto de los labios; y si ella dormía, como creo, ¿no sucede alguna vez, durante el sueño, que se besa de una manera fantástica? El beso se pierde en el vacío, si hay vacío, y no se pierde si alguien ó algo se encuentra á su alcance y en su camino.

Decididamente, para juzgar con exactitud, debo, después de haber examinado la cuestión bajo el punto de vista del sueño, del beso involuntario, estudiarla suponiendo el estado del ánimo despierto y del beso premeditado.

Desde que llegó á esta casa para desempeñar sus dobles funciones de doncella y acompañante, debo detenerme á discurrir cómo ha vivido Luisa Bauquet. Pues ha vivido conociéndome corporal é intelectualmente, si vale la frase. Físicamente, sin mala intención y aun sin pensar en ello, me he dado á conocer de la manera más completa; he servido de modelo, como diría un pintor. ¿Y no es la culpa del modelo, y del modelo únicamente, si ha causado admiración?

Intelectualmente, me he manifestado ante ella mujer instruída y de imaginación, por si me decidía á conservarla como acompañante,

y con el fin de poder comunicar con ella algunas ideas, y seguramente también me ha admirado bajo este punto de vista.

Queda, pues, comprobada la admiración; ¿y el beso no es una de sus manifestaciones? ¿No ocurre con frecuencia sentirse con deseo de besar lo que es hermoso, ó á la persona que ha ejecutado una buena acción? ¡Cuántas veces decimos qué hombre tan valiente, le besaría de buena gana, y á mí misma me ha sucedido manifestar mi agrado á una amiga ó á cualquiera linda señorita exclamando: "Querida niña, está V. hoy tan preciosa, que quiero besarla,„ y claro es que inmediatamente me acercaba su frente ó sus mejillas!

Sí, todo esto es verdad, pero yo no he acercado nada á Luisa Bauquet; nada le dí: ella se lo tomó. ¿Y en qué condiciones? Durante mi sueño, y esta circunstancia, que al principio me parecía agravante, se me figura atenuante al presente, porque en realidad, no temiendo ser vista, no hay en su acción falta de respeto.

Pero ni besó mi frente ni mis mejillas, porque ni yo las puse á su alcance, ni ella se hubiese atrevido á tocarlas, sino que depositó su beso furtivo donde pudo, en mis rodillas, que era lo que más próximamente tropezaba.

Así besa el esclavo á su amo, y ya he dicho que Luisa se constituyó en esclava mía. ¿Deberé privarme de su servicio, de su afecto, por un momento de olvido provocado por esa debilidad que produce la tormenta y el calor, por la embriaguez de los perfumes y por mi exagerada complacencia, que ahora comprendo, en hacerme admirar?

Todas estas reflexiones quedan escritas en mi *Diario*. Podría tomar una determinación inmediata y llamar á Luisa Bauquet para decirle: "Puede V. volverse á París cuando guste,„ ó por el contrario: "La perdono á V. por esta vez, pero en lo sucesivo muéstrese V. más reservada.„ Pero no la llamo; dejaré de utilizar hoy sus servicios; volveré á leer estas notas mañana por la mañana, y á sangre fría decidiré. Y sea cualquiera mi resolución, renuncio desde luego al amasamiento, porque parece que enerva con exceso al operador y al sujeto; acaba mi vida oriental; deseo ser nuevamente la mujer del Occidente y del Norte, ya que por el momento soy boloñesa.

XVII

26 de Julio.

Decidida á hacer una vida más activa, me levanté esta mañana más temprano, sin ayuda. Cuando Luisa Bauquet entró en mi cuarto, que da sobre el mar y ya en aquella hora bañado por el sol, le dije con voz natural, sin irritación, pero sin excesiva dulzura:

—Prepáreme V. en el tocador lo que necesito para salir; me vestiré sola.

Parecía, al menos así lo creo, con grandes deseos de hablarme; pero yo le volví la espalda y me asomé al balcón; se manifestaba inquieta, preocupada, sin duda, por saber lo que pienso hoy del suceso de ayer y qué consejo me dió la noche, que pasa por buena consejera; en una palabra: si perdono ó guardo